

ENLACE

REVOLUCIÓN Y DISTRIBUCIÓN DEL TIEMPO

AÑO 9/ No. 136/ 31-03-2022

El tiempo es la cualidad que caracteriza por igual la política y la economía: sin tiempo no puedes decidir nada, sin decidir no puedes tener tiempo. Sin tiempo se es nada.
Jorge Moruno

Todos hemos sentido que el tiempo transcurre diferente a partir del espacio físico en que nos encontramos, por ejemplo, para aquellos que viven en la ciudad, el tiempo se acelera, como si las horas y minutos se acortaran, en cambio, cuando la vida transcurre en el campo, pareciera que los minutos se expanden, dicen los que ahí habitan: el día alcanza para hacer más cosas. Lo mismo ocurre cuando hay demasiado trabajo o cuando estamos en un periodo vacacional, la experiencia temporal se modifica; por lo tanto, el tiempo visto de esta forma es una experiencia personal, pero, cuando se lleva al terreno de lo político, el tiempo es una categoría que ayuda a entender condiciones sociales, como la desigualdad.

Como señala Judy Wajcman, el tiempo es una entidad social y, en consecuencia, se configura a partir de la interacción que tenemos con el mundo, pero esa interacción no es igual entre hombres y mujeres, como sabemos, en las actividades relacionadas con el trabajo dentro del hogar, son las mujeres quienes invierten más tiempo. Al respecto, Katrine Marcal dice que las mujeres han logrado entrar al mercado laboral, pero los hombres no entraron en las labores del hogar en la misma medida. De esta forma, pensar en la forma en la que socialmente organizamos el tiempo nos obliga a reflexionar en la forma desigual en la que hombres y mujeres nos relacionamos con el tiempo y por qué es importante hablar de esa desigualdad.

El presente ensayo busca reflexionar en primera instancia en torno al tiempo social para dar paso a la forma en la que se usa y disfruta del tiempo, haciendo énfasis en la distinción entre hombres y mujeres.

Sobre el tiempo social

Hoy en día, la mayoría de las personas tiene acceso a un reloj, ya sea de pulsera o de manera digital, a través de alguno de sus dispositivos móviles, y esto no es casual, el tiempo marca la forma en la que socialmente nos organizamos, tenemos horarios prácticamente para todo, un horario para la entrada a la escuela, al trabajo, para las citas médicas; hasta nuestro ocio está marcado muchas veces por el cronómetro, el cine tiene horarios específicos, también lo tienen los espectáculos privados, y hasta algunos parques públicos tienen un horario para entrar o abandonarlos. Bajo esta lógica, tiene sentido lo que señala Jorge Moruno (2018) “el tiempo ordena la vida en la sociedad y la sociedad es ordenada por cómo se vive el tiempo”, pero más importante, “la manera en la que ordenamos y jerarquizamos el acceso al tiempo

determina la posición y capacidad de intervención pública y viceversa” (13)

Es decir, para Moruno el tiempo y la forma en la que se organiza también es política. Ya lo había advertido Karl Marx, no por nada una de sus premisas más recordadas tiene que ver con el trabajo y el tiempo. Marx reflexionó en torno al proceso de industrialización y la forma en la que esta impactaría en la forma en que nos organizábamos como sociedad, para él, la industrialización poco a poco liberaría al hombre del trabajo, dejándonos cada vez más tiempo libre y esto, a la larga, ayudaría al “desarrollo de la universalidad humana” (Heller, 2019; 108).

Hoy sabemos que eso no ha sucedido y estamos lejos de que pase, de hecho, parece que vivimos un proceso inverso, como bien señala Wajcman (2020), se considera que la ausencia de tiempo se ha convertido en una señal de estatus social, mientras más ocupado se está, más exitosa aparenta ser una persona, pero esto tiene una clara diferenciación entre los géneros, mientras que un hombre que tiene poco tiempo libre lo utiliza para generar una ganancia, en muchas

ocasiones las mujeres que carecen de ese tiempo no están produciendo nada para ellas, porque su trabajo en el hogar no es remunerado, así, podemos decir que “el reparto, el uso, disfrute y decisión sobre el tiempo tiene que ver con el modo de convivencia en una comunidad, es decir, el tiempo es fruto de una relación sociopolítica; eso es así desde la antigua Grecia hasta nuestros días.” (Moruno, 2018; 15)

En ese sentido, la ausencia de tiempo vinculada al exceso de trabajo parece un signo característico de nuestra época; nos hemos convertido en esclavos y amos de nosotros mismos, lo cual resulta paradójico para una sociedad que tiene como fundamento la libertad en todos los sentidos, es decir, “la capacidad de elegir cómo distribuimos nuestro tiempo forma parte de la esencia de una concepción positiva de la libertad. La ociosidad y la abundancia de tiempo libre fueron antaño signos distintivos de la aristocracia” (Wajcman, 2020; 95).

En nuestra época, la ideología neoliberal se ha apoderado incluso de nuestro tiempo, el ocio es condenado, de hecho, es muy divulgada aquella

sentencia que lo reprueba, al señalar que el ocio es la madre de todos los vicios, como si el ocio no fuera indispensable en toda vida sana.

La desigualdad que no queremos ver

Si es verdad que parte fundamental de la libertad consiste en elegir la forma en la que distribuimos el tiempo, queda claro que ese principio no está garantizado para todos por igual, y no me refiero a las condiciones personales de cada individuo, sino a la forma en la que las mujeres todavía no son libres de decidir sobre el tiempo libre que pudieran tener. Es más, el amor romántico ha enseñado que las labores de cuidado y trabajo en el hogar son una muestra de amor por la familia, por ello no son remunerados y, lo peor, hasta hace no mucho todo ese trabajo estaba invisibilizado.

Hoy, gracias a los movimientos feministas, se ha puesto de manifiesto que ese trabajo no remunerado actúa en detrimento de las mujeres. Un viejo adagio popular señala que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer; eso que en principio parece un halago, en realidad esconde una desigualdad

que debería ser evidente para todos, porque detrás de esos hombres que mantienen una imagen de éxito social lo que realmente hay es trabajo femenino no remunerado y no reconocido.

Durante la primera ola de la pandemia por Covid-19 aparecieron cifras alarmantes sobre cómo las mujeres habían aumentado sus jornadas de trabajo. Un dato que resulta revelador porque evidencia que las brechas de género son un asunto estructural y no sólo afectan a las mujeres con menor educación o menores ingresos, como comúnmente se cree, es el que se publicó en la revista *PLOS ONE*¹.

En ese estudio se analizaron 2 mil revistas y cinco millones de autores, los resultados señalan que durante la primera ola de Covid-19 las mujeres publicaron menos que los hombres. Se infiere que durante el confinamiento las mujeres investigadoras tuvieron menos tiempo para dedicarlo a sus trabajos científicos y tuvieron que hacerse

cargo de las labores domésticas, mientras que los hombres aprovecharon ese tiempo para escribir y publicar. Se sabe que existía una brecha de género en la academia, sobre todo en algunas áreas en específico, pero la pandemia y las medidas de confinamiento que se dieron en muchos países contribuyeron a que esa brecha se ampliara.

Pero no es nuevo el hecho de saber que las mujeres destinan más tiempo al trabajo no remunerado. Según la Encuesta Nacional sobre el uso del Tiempo 2019, publicada por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, las mujeres destinan 39.7 horas al trabajo no remunerado, mientras que los hombres sólo destinan 15.2 horas. La misma diferencia se observa cuando se trata de cuidar a integrantes del hogar, las mujeres destinan 12.3 horas a la semana, mientras que los hombres sólo 5.4 horas.

Ahora bien, cuando se trata de actividades específicas para el mantenimiento del hogar las mujeres

¹ Ver: <https://www.agenciasinc.es/Noticias/La-primer-ola-de-la-covid-19-exacerbo-la-brecha-de-genero-en-ciencia>

destinan 13.8 horas a la semana para la preparación de alimentos, mientras que los hombres sólo 4.7; en la limpieza de la vivienda, las mujeres destinan 10.1 horas, mientras que los hombres sólo 4.6; para la limpieza y cuidado de ropa y calzado las mujeres destinan 4.9 horas, mientras que los hombres sólo 2. En el único rubro en el que los hombres superan en tiempo destinado a las mujeres es en lo que tiene que ver con mantenimiento, instalación y reparaciones menores de la vivienda y otros bienes del hogar, aquí los hombres destinan 2.1 horas a la semana, mientras que las mujeres 1.2.

Como se puede apreciar, la desigualdad es evidente, aunque muchos no la quieran ver, de hecho, poner esto en la mesa de debate será uno de los logros del feminismo, sin embargo, es urgente que la discusión pase de visibilizar el trabajo no remunerado y vaya por una verdadera igualdad.

Tiempo y transformación social

Si el tiempo ordena la estructura social, es justo pensar que también a partir del tiempo se pueden medir las

desigualdades y, en consecuencia, cambiar la forma en la que se distribuye el tiempo es parte importante de la transformación social:

Toda revolución, toda aspiración de cambio, pasa por reordenar el reparto y el sentido del tiempo; es la tensión impaciente e indómita que desobedece al contador del capital: la historia por la emancipación de los hábitos asumidos como hechos. Los *sans culottes* y los campesinos destrozaron los relojes ubicados en los ayuntamientos e iglesias, algo similar a lo sucedido en la Revolución de Julio de 1830 cuando, según Walter Benjamin. <<ocurrió que en varios sitios de París, independiente y simultáneamente, se disparó sobre los relojes de las torres>>, y lo mismo ocurrirá en la Comuna de París de 1871. A fin de cuentas, una huelga siempre ha sido una demostración de fuerza, el despliegue de la capacidad soberana para disputar el tiempo en un territorio dado. Parar el tiempo, parar la cadena, implica

parar la máquina, esto es, parar <<la continuidad constante del capital>> (Marx). (Moruno, 2018; 16)

El tiempo visto de esta forma deja de ser una experiencia personal para convertirse en una medida de lo social, porque no se puede vivir para trabajar o para producir ganancias, en nuestra sociedad es necesario que todos tengamos derecho al tiempo libre o como señalaba Paul Lafargue, todos tenemos derecho a la pereza, a un espacio para el ocio.

Bajo esta lógica, no es casual que los movimientos feministas insistan en que los hombres deben participar en las labores del hogar y en el cuidado de los hijos, no sólo porque es una responsabilidad compartida, sino porque la transformación social empieza justo en la forma en la que se reparte el tiempo en el hogar y en la pareja.

En ese sentido, la promesa incumplida marxista de que la tecnología nos liberaría del trabajo puede aplicarse también al trabajo del hogar, ya que muchos de los electrodomésticos que existen hoy en día prometieron darle

más tiempo a las mujeres, como el horno de microondas o las lavadoras, sin embargo, como se ha podido apreciar eso no sucedió, el tiempo que pueden ahorrar las mujeres se emplea en otras tareas dentro del hogar.

Así, al igual que las revoluciones proletarias buscaban ordenar de forma distinta el tiempo, la revolución feminista está, entre otras cosas, buscando ordenar de forma diferente el tiempo libre y conseguir una sociedad más justa y equitativa pasa necesariamente por la modificación del uso y disfrute del tiempo que tienen unos y otros.

A manera de conclusión

Parafraseando a Georgi Dimitrov quien decía que la rueda de la historia giraba inevitablemente hacia el comunismo, hoy podemos decir que la rueda de la historia gira inevitablemente hacia el feminismo, y, en ese sentido podemos pensar que las próximas transformaciones en la forma en la que se organiza el tiempo social tendrán que ver con las propuestas que se hagan desde la trinchera de las mujeres.

No podemos hablar de una sociedad verdaderamente libre si, como hemos visto, el tiempo libre no se disfruta por igual y mucho menos podemos hablar de una democracia plena si las mujeres se mantienen en condiciones de desigualdad porque no pueden desplegar todo su potencial si se antepone entre ellas y su desarrollo profesional un bulto de ropa por lavar y una tarja llena de trastes que limpiar.

La revolución de la vida cotidiana parece algo inevitable, es decir, modificar todo aquello que representa condiciones de desigualdad para las mujeres, y que nadie quiere ver tendrá que ser modificado si queremos disminuir las brechas de desigualdad que, dicho sea de paso, aumentaron durante la pandemia.

Bibliografía

Concheiro, Luciano (2016). *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. Anagrama, México.

Heller, Ágnes (2019). *¿Revoluciones en la vida cotidiana? 50 años después*. Siglo XXI Editores, México.

Lafargue, Paul (2010). *El derecho a la pereza*. Biblioteca Pensamiento Crítico, México.

Marcal, Katrine (2017). *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía*.

Moruno, Jorge (2018). *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*. Akal, España.

Rosa, Hartmut (2019). *Remedio a la aceleración. Ensayos sobre resonancia*. Ned Ediciones, Barcelona.

Wajcman, Judy (2020). *Esclavos del tiempo. Vidas aceleradas en la era del capitalismo digital*.